



1

—Era como un sueño —dijo Yetu, con la garganta en carne viva. Llevaba días llorando, perdida en el recuerdo de uno de los primeros wajinru.

—Pues despiértate —dijo amaba—. Y despiértate ahora. ¿Qué clase de sueño conduce a alguien hacia las aguas infestadas de tiburones, chorreando sangre como una tonta? Si no hubiera ido a buscarte, si no te hubiera encontrado a tiempo... —Amaba sacudió la cabeza, y el agua negra se enturbió sobre su rostro—. ¿Quieres morir? ¿Por eso lo haces? Ya eres adulta. Lo eres desde hace tiempo. Deja atrás esos caprichos infantiles.

Amaba agitó con energía las aletas delanteras mientras sermoneaba a su hija. El movimiento alteró el agua, que por lo demás permanecía plácida.

—No quiero morir —respondió Yetu con resolución, a pesar del tono roto de su voz rota.

—¿Y entonces? ¿Por qué has hecho semejante estupidez? —preguntó amaba. Sus aletas eran una banda de agitación.

Yetu se esforzó por notar las palabras de amaba por encima del coro de ondas. Su piel rehuía las delicadas olas del habla y se acercaba hacia los pulsos cortos y potentes que provocaba su amaba al gesticular.

—¡Respóndeme! —dijo amaba con un tono desesperado y chirriante.

La mayor parte del tiempo, Yetu mantenía sus sentidos embotados. De niña había aprendido a bloquear el mundo en la medida de lo posible por miedo a que le provocara ataques. Pero ahora tenía que volver a abrirse, convertir de nuevo el cuerpo en una herida para que las palabras de amaba resonaran contra su piel con más claridad.

Yetu cerró los ojos, se concentró en la vibración de las profundidades y devolvió la sensibilidad a su piel escamada a propósito para notar la arremetida del circo que era el mar. Debía reconectar el cerebro al cuerpo y bajar los escudos que había colocado en su mente para protegerse. Al concentrarse, el mundo irrumpió en ella. El agua se enfrió, la presión se incrementó, la sal se volvió más densa. Podía diseccionar cada

gránulo. Todos y cada uno de los cristales del mineral blanco y escamoso le arañaron la piel.

El océano siempre encontraba una forma de entrar, por mucho que Yetu se mantuviera en tensión contra sus intrusiones; pero, tras dar rienda suelta a sus sentidos, la avalancha de sensaciones era vertiginosa. Aquello no se parecía en nada a la vibración lejana a la que estaba acostumbrada cuando dedicaba toda su energía a repeler el mundo exterior. El tira y afloja de las corrientes cercanas la alteraba. Un banco de peces con colmillos largos le retumbaba en el pecho. ¿Cómo podían vivir así les demás wajinru todo el tiempo?

—¿Dónde has ido? ¿Estabas soñando de nuevo? —preguntó amaba; parecía más derrotada que enfadada. La voz se le quebró en olas astilladas, dura contra la piel de Yetu.

—Estoy aquí, amaba, lo prometo —respondió en voz baja, agotada, aunque no sabía si era cierto. No se hallaba presente cuando, perdida en un recuerdo que no era suyo, se había dirigido hacia los tiburones para que se dieran un banquete con ella. ¿Cómo podía estar segura de que estaba allí en ese preciso instante?

Yetu debía recuperar la compostura. Jamás había hecho algo tan peligroso como eso. Había perdido el control de sus habilidades más de lo que pretendía.

Los recuerdos siempre la llevaban al pasado, a la memoria de les antepasades —esa era, al fin y al cabo, su finalidad—, pero nunca a expensas de su vida.

—Ven conmigo —dijo amaba, a cierta distancia. Demasiado débil para discutir, Yetu no protestó. Se resignó, por el momento, a seguir las órdenes de su amaba—. Necesitas medicina, niña. Y comida. ¿Cuándo comiste por última vez?

Yetu no se acordaba, pero dedicó un instante a concentrarse en el vacío de su estómago y se sorprendió al descubrir que el dolor era un vórtice en el que podría perderse con facilidad. Movi6 el cuerpo, examin6 sus contornos. Estaba ajado y de ella quedaba poco, solo la cantidad b6sica de grasa exterior que necesitaba para mantener el calor en las aguas m6s profundas del oc6ano.

El encuentro con los tiburones demostraba que el trastorno de Yetu empeoraba. Con el paso de los a6os, le costaba cada vez m6s distinguir los recuerdos del presente.

—C6mete esto. Te ir6 bien para la garganta —dijo amaba y atrajo a su hija hasta sus brazos. Yetu flotaba en un mar denso y oscuro; las aletas de amaba eran un lazo que le envolvía el torso—. Venga. He dicho que comas. —Amaba introdujo unas hojas de ponzo6a en

la boca de Yetu mientras tarareaba una nana inventada. Las olas acuáticas de su voz acariciaron las escamas de Yetu y, aunque solía evitar tanto estímulo, se alegraba de tener un ancla al mundo consciente a medida que su conexión con él se volvía más y más precaria. Necesitaba recordatorios frecuentes de que ella era algo más que un recipiente para los recuerdos de les antepasades. No quería desaparecer—. Sigue masticando. Eso es. Muy bien. Y ahora traga.

Alentada por la promesa de que le aliviaría el dolor tanto como por la insistencia de su amaba, Yetu engulló la medicina. Las hojas de ponzoña se deslizaron como cieno por la garganta hasta la barriga; tosió con cada trago.

—¿Ves? ¿A que sienta bien? ¿Notas el efecto ya?

Yetu parecía una cría mecida entre las aletas delanteras de su amaba. Muy apropiado. En ese momento, dependía de los cuidados de amaba tanto como en su infancia. Había pasado de ser una cría con cólicos a una adolescente voluble y luego a una adulta tempestuosa, aunque a veces aún necesitaba los dedicados cuidados de su amaba.

Dada su sensibilidad, a nadie debería sorprenderle que los recuerdos afectaran más a Yetu que a anteriores historiadores, pero todo sorprendía a les wajinru.

Sus recuerdos desaparecían al cabo de unas semanas o meses; si ese fenómeno no ocurría por la predisposición biológica de les wajinru a olvidar, entonces lo hacían por pura fuerza de voluntad. Les wajinru maldites con una memoria a largo plazo intacta aprendían a olvidar, a lanzarse al presente. Solo a la historiadora se le permitía recordar.

Al cabo de varios minutos, las hojas de ponzoña hicieron efecto y el dolor en la garganta áspera de Yetu se anestesió. También se calmaron otros dolores. La rigidez del cuello desapareció. Los músculos agotados se relajaron. Sedada, Yetu podía pensar ya con más claridad.

—Amaba —dijo. Se sentía más tranquila y dispuesta a explicar lo que había ocurrido esa mañana: por qué había ido a los tiburones, por qué se había puesto en peligro, por qué había arriesgado el legado wajinru de una forma tan egoísta.

Si Yetu moría por ser imprudente y les wajinru no eran capaces de recuperar su cadáver, le siguiente historiador no podría recoger los recuerdos de les antepasadas de la mente de Yetu. Fragmentos de la Historia se podrían rescatar del cuerpo del tiburón, si es que lo encontraban, pero eso supondría un riesgo increíble y sin duda se perderían secciones enteras.

Lo peor era que les wajinru no sabían quién iba a suceder a Yetu. Quizás carecían de los recuerdos necesarios para comprender por completo la importancia de este detalle, pero tenían un presentimiento. Durante todos esos años, habían sido conscientes de que Yetu era una criatura al borde de un abismo y que, sin una sucesora a punto, estarían perdidos. Tendrían que improvisar.

Los anteriores historiadores se pasaron la vida recorriendo el océano para recoger los recuerdos de los wajinru vivos antes de que cayeran en el olvido. Esta tarea garantizaba que el historiador comprendiese quién encajaba mejor para asumir ese cargo antes de que acaeciera su muerte. Además de rebuscar en las mentes de los wajinru para registrar los acontecimientos de la época, los historiadores descubrían que mentes eran lo bastante electro-sensibles para albergar los recuerdos en el futuro. Esa información la compartían a menudo y reiteradamente con otros wajinru.

Yetu nunca lo había hecho. El océano la abrumbaba hasta cuando se hallaba en sus regiones más tranquilas, y eso fue antes de aceptar los recuerdos. Ahora que era la historiadora, había empeorado; su mente no podía procesarlo todo. No se imaginaba pasar la vida recorriendo el mar solo para cargar con más

recuerdos al final de cada viaje. Por desgracia para Yetu, cuando el anterior historiador la eligió, le impresionó tanto la sensibilidad de sus electrorreceptores que no advirtió su temperamento complicado. A Yetu le encantaban los recuerdos de Basha, adoraba vivir dentro de su coraje, su tumulto. Pero, si Basha cometió algún error, fue elegir a Yetu como historiadora, pues no podía cumplir con los deberes más básicos. Qué decepción sentiría al ver a la chica que había elegido. Yetu se había convertido en un ser frágil.

—Lo siento —dijo—. Tengo mucho que contarte y nunca sé por dónde empezar. Pero ahora estoy lista. Puedo hablar. Puedo decirte por qué lo he hecho. No tiene nada que ver con mi deseo de morir.

Yetu se preparó para revelarlo todo, para regresar a esos momentos dolorosos y revivirlos una vez más por su amaba.

—Chist —la instó amaba. Usó la membrana pegajosa de la punta de su aleta delantera izquierda para cubrir la boca de Yetu—. Eso queda en el pasado. Ya está olvidado. Lo que importa es que estás aquí y ahora y podemos centrarnos en el presente. Ha llegado el momento de la Remembranza.